

***LA UTOPIA DESARMADA. INTRIGAS, DILEMAS Y  
PROMESA DE LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA\****

de JORGE G. CASTAÑEDA

Ariel, 1993, 524 págs.

**LA NUEVA IZQUIERDA A LA OFENSIVA**

**Joaquín Ferrandois**

¿Tiene todavía sentido un socialismo?

Desde hace décadas, quizás durante todo el siglo, la mayoría o la gran mayoría de los intelectuales latinoamericanos ha simpatizado con la izquierda, aunque por ésta se entienda una variedad de significaciones no siempre emparentadas. En nuestros días, después de la crisis (terminal) de los sistemas marxistas y de la crisis general (¿terminal?) del socialismo, las simpatías por la izquierda no dejan de percibirse apenas el sujeto de atención es “América Latina”. La perspectiva del grueso de las ciencias sociales latinoamericanas, así como la de su caja de resonancia del mundo académico norteamericano, es definitivamente de izquierda. Otra cosa es que después de *ca.* 1989 resulte difícil trasladar lo que es un punto de fuga en la inspiración intelectual a un programa o, al menos, a un conjunto de ideas programáticas que fundamenten una política real de izquierda.

No se debe confundir atolondradamente esta grave dificultad con un exterminio de la izquierda, o de la inspiración socialista (lo que de aquí en

---

JOAQUÍN FERRANDOIS. Doctor en Historia. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

adelante, para efectos de esta reseña, se considerarán sinónimos). El establecimiento de los puntos cardinales derecha-izquierda antecede la Guerra Fría; antecede incluso la política ideológica del siglo, si no en las palabras, sí a los ojos del historiador. La idea de que vivimos una suerte de posmodernismo, aunque merece ser discutida, también se presenta con algo del ropaje de un marketing intelectual del que hay que adoptar una distancia crítica. Quizás sólo ha habido un desplazamiento de la idea de un cambio más o menos inminente de la sociedad de acuerdo al modelo que triunfa en Europa Occidental y en EE. UU. a partir de fines del siglo XVIII, a la disputa por modificaciones sustanciales de ciertas áreas, pero en las cuales la antigua polaridad izquierda-derecha (que casi nunca por lo demás definió *toda* la política) mantiene un papel destacado aunque sorprendentemente cambiante. En fin, es probable que izquierda y derecha todavía mantengan su función de puntos de referencia, aunque su cardinalidad en la cultura política aparezca más difusa, al menos si se cree que aún nos hallamos inmersos al interior de la “política moderna” como a mí me parece.

### Castañeda y el socialismo

Esta idea puede ser discutida, pero está en la base de la obra que aquí se comenta. El autor, el mexicano Jorge Castañeda, postula con fuerza y con respeto a la empiria una política de izquierda para América Latina. Su obra podría considerarse como una suerte de “manifiesto para un socialismo pos Guerra Fría” para la región, mas supera el puro lenguaje polémico. El libro se lee con gran facilidad, y de hecho ha constituido un contundente triunfo editorial, y además, lo que en la intelectualidad latinoamericana es una aspiración no siempre confesada, se ha convertido en un *must* en los estudios académicos norteamericanos acerca del continente. La construcción del libro ayuda a su digestión rápida, y desde luego no deja de ser un mérito, aunque a la vez expone algunas de sus debilidades. Revela la trayectoria periodística del autor, pero que no le es fácil ser económico de palabras y profundo en la entrega conceptual (aunque sobriamente renuncia a “hablar en difícil”). Su facilidad de pluma le posibilita reunir una amplia masa documental, una enorme cantidad de entrevistas personales —el aporte material más importante— efectuadas a lo largo de muchos años, y su conocimiento como relativo *insider* de círculos de la izquierda latinoamericana. Alterna narraciones sobre desarrollos políticos, esquemas biográficos de líderes de izquierda y de algunas coyunturas específicas,

con el diseño de una alternativa para la acción política de la izquierda. En los últimos capítulos, el libro abandona la técnica narrativa-conceptualizadora, para diseñar de manera más sistemática una serie de focos políticos en donde a su juicio debería concentrarse la acción de la izquierda. Con todo, ni aun aquí el autor se interna a fondo en los problemas de la izquierda. No continúa los argumentos hasta sus últimas consecuencias, y en no pocos lectores con los que he conversado ha dejado una impresión de superficialidad.

Pero si se destacara esta insuficiencia, que la tiene, se haría una obvia injusticia. Como señalé antes, el punto de despegue de la obra, la afirmación de que la izquierda latinoamericana tiene un futuro, parece plausible, tanto por las probabilidades de la historia, como por argumentos que el autor desarrolla a lo largo de las más de 500 páginas del libro. Castañeda además tiene el desplante como para poder equilibrarse entre varias tentaciones/aporías: no muestra el negativismo a ultranza de lo que podríamos llamar el “posmarxismo”, lo que es tan fácil de vocear; no desconoce la empiria, como se anotaba al principio, es decir no existe una lectura unilateral hasta la distorsión de los hechos y mantiene lejos las “prohibiciones de preguntar”, tan comunes al marxismo latinoamericano tradicional; y se mueve con desenvoltura al exponer ideas para una acción socialista en las realidades del mundo de la post Guerra Fría, aunque no pueda decir mucho acerca del estatus ontológico de este último.

Parte de los problemas del libro es que no existen mayores alusiones —ni menos desarrollo— que coloquen los problemas y dilemas del socialismo (o izquierda) latinoamericano en relación con la historia intelectual y política del socialismo mundial. Y digo esto porque el libro resulta una especie de reivindicación de las tesis que hace 100 años comenzarían a ser desarrolladas por Eduard Bernstein al interior de la socialdemocracia alemana, y que muchos dentro de la izquierda estigmatizaron como “reformismo”. Por cierto Bernstein no pensaba en un “posmarxismo” ni en la caída de los “socialismos reales”, pero la lógica de sus ideas llevaba inevitablemente a la conclusión de que la tarea realmente importante del socialismo era el cambio incremental del sistema establecido. Castañeda, para seguir con la “analogía alemana” que establecemos, propone lo que podríamos llamar el “Congreso de Bad Godesberg” para América Latina. En esa ciudad los socialdemócratas en 1959 rompieron expresamente con las tesis de Marx y afirmaron su defensa de la economía social de mercado, aunque destacando los rasgos “sociales” del sistema.

Ese fue el segundo “tiempo eje” del socialismo europeo. El primero sucedió cuando los partidos de la Segunda Internacional rechazaron el

modelo bolchevique y aportarían a la política anticomunista del siglo XX. ¿Sucedía lo mismo con el caso de América Latina? Marx y Engels, hacia el final de sus vidas, considerarían prematuras sus predicciones revolucionarias de mediados de siglo: el capitalismo había demostrado que todavía podía aportar al desarrollo de las fuerzas productivas, y este último es el presupuesto *sine qua non* de la revolución socialista. Pero más que nada se trataba de una consideración *attentiste*, ya que ellos no veían más que una postergación de la revolución (aunque Engels después de la muerte de Marx insinuó lo que Bernstein llevaría al verbo). Otra cosa es la convicción de que el modelo democrático —al cual le es inherente un alto grado de economía de mercado— sea considerado como tal por el socialismo latinoamericano, tan emotivamente ligado desde siempre a un repudio a la herencia del “sistema”. No se trataría de encontrar una duplicidad, ya que es un paso difícil para sus adeptos; pero es la pregunta que se hacen muchos adversarios y partidarios. Si no se resuelve, toda política socialista en el continente estará amenazada desde dentro por dos enemigos: el cinismo nihilista del cambio de banderas por una parte; por la otra, la tentación del retorno a los orígenes cuando la lentitud y parcial frustración del cambio posible se hagan patentes.

En relación al libro mismo, hay que añadir dos observaciones generales. El autor no sólo ha sido un estudioso sino un participante del sistema interamericano. A las entrevistas que cita se suma la experiencia directa con muchos políticos y revolucionarios del continente y de EE. UU. El aparato de citas muestra una preparación considerable y, como se señaló antes, siempre existe un respeto por la otra cara de las tesis y de las citas que ofrece. Se trata ciertamente de un libro de tesis programáticas, pero no de un panfleto al estilo de *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, en ciertos círculos todavía un *must*. Castañeda está decididamente en un nivel superior. Con todo, como decía, su estilo periodístico le tiende trampas. Algunas comunes a intelectuales latinoamericanos muy ligados al sistema académico norteamericano: su español a veces es un inglés con grafía castellana (v. gr., p. 324, “sabiduría convencional”, parece referirse a “conventional wisdom”; hubiera sido mejor “lugares comunes”, “la moda”, “el decir”, “sabiduría popular”; también el repetido uso de “perverso”, muy empleado en inglés, pero en ese grado de dudosa eficacia hermenéutica en español). Más importante aún, el libro da la impresión de superficialidad al tocar una infinidad de temas y problemas (extrañamente no toca a las fuerzas armadas), a los que se añaden muchas referencias bibliográficas y estadísticas (pero a su vez mucho artículo, como también *papers* producidos por el sistema académico americano y

libros publicados en EE. UU. principalmente). Al transitar tantos territorios aparece poco convincente la rigurosidad con que los trata. El libro se convierte en muchas partes en una especie de radiografía del continente pensada en la utilidad inmediata, antes que en una obra permanente. El foco de qué sentido tiene y qué puede hacer el socialismo en nuestros días se pierde así, aunque en ninguna parte dice sandeces o pierde interés el problema que trata. Se podrá decir que esta es una observación “academicista”; mas, ¿se puede entonces apelar a la superioridad de las ideas?

Sin embargo con esto no pretendo condenar el libro, sino sencillamente acercarme a su naturaleza. El autor quiere acceder a la clase política latinoamericana con una proposición socialista en una era en la que los especialistas en política —el antiguo “político profesional” de Max Weber— ya no tienen ni tiempo ni interés para la rigurosidad intelectual. De ahí que Castañeda deba moverse con velocidad por una multitud de temas dando ideas y juicios rápidos, y al mismo tiempo con valentía exponiendo no sólo errores prácticos de los socialistas en el pasado, sino que sacando escamas de los ojos ante mucho prejuicio profundamente arraigado en la izquierda continental. El libro puede leerse como un rápido panorama tanto de historia contemporánea (o “reciente”, más bien), como una fuente de ideas para la acción política, que es útil, por lo demás, más allá del socialismo. En Chile tenemos un socialismo (y, ahora en menor medida que antes, un comunismo) de larga trayectoria y que en su exposición internacional fue quizás pionero en la región en sacar a la luz la idea de “socialismo renovado”, una suerte de síndrome de Bad Godesberg. Pero este no es el caso de los ambientes políticos y sobre todo académicos en la izquierda latinoamericana. Aun en Chile existe una inseguridad semioculta acerca de la duración de los cambios; ello es más cuestionable en otros lugares. Ante esto Castañeda ha diseñado un libro que debe ser juzgado como un auxilio de emergencia y para abrirle los ojos a la izquierda latinoamericana. Repite o supone el ejercicio de lugares comunes; pero el grueso del libro muestra realismo y las posibilidades relativamente auspiciosas de un socialismo occidental (es decir, a la Bad Godesberg) *en el caso* de que se consoliden los cambios recientes en América Latina.

### Método de la obra y juicio sobre la historia reciente

Los problemas del libro se agudizan por una cuestión metodológica muy común a este tipo de trabajo. El autor enfoca a América Latina como

un todo, perspectiva necesaria que los latinoamericanos mismos raramente emplean, a la inversa de norteamericanos y europeos cuando nos miran. Esto constituye un mérito siempre cuando no se caiga en generalizaciones inconcretas. Esto último pasa en este caso, en primer lugar, debido a los paseos por la diversidad de temas antes anotados. Sucede también porque resulta absolutamente abstracto olvidar la diversidad nacional y regional (o quizás habría que decir provincial) en nuestro continente. Es como un análisis de Europa que por insistir en la identidad común del viejo continente, olvidara analizar cómo los fenómenos generales se manifiestan concretamente en Francia (o en Córcega), en Gran Bretaña (o en Escocia), en España (o en Cataluña), en la Europa nórdica o en la mediterránea... Es decir, aunque se hable del socialismo (o de la izquierda) en el continente como un todo, lo que también tiene su lógica, la sensación de relativa superficialidad se refuerza por la exposición de ejemplos e ideas sacados de realidades diferentes, pero amontonadas unas al lado de otras. El libro hubiera ganado en potencialidad analítica si con el saber nada despreciable del autor, además de presentar problemas generales, se hubiera concentrado en efectuar un análisis bajo padrones estrictamente comparativos de algunos países que se podrían considerar representativos. Tal como está, la obra es representativa de los defectos de algunas obras generales redactadas en EE. UU. (sobre todo) y Europa Occidental, pero también con sus virtudes, una cierta originalidad en los temas y en las ideas frente a la concentración en espacios nacionales de quienes estudiamos nuestra realidad al sur del río Grande.

El libro no es tacaño en expresiones de reconocimiento a la capacidad de abnegación de la izquierda latinoamericana, y no le faltan buenos ejemplos. Se conduce de la tragedia de la extrema izquierda, de aquella que ha visto derrumbarse no sólo su viabilidad práctica, sino la credibilidad de sus ideas y creencias, de su religión política habría que decir. Pocas veces se ha dado un naufragio de estas proporciones, y Castañeda cita a Jorge Amado, “uno de los intelectuales comunistas más imperecederos de América Latina y del mundo” (un tipo de calificativo que el autor otorga con excesiva generosidad): “Sé de hombres y mujeres, magníficas personas, que de repente se encuentran desamparados, vacíos, sumergidos en la duda, en la incertidumbre, en la soledad, perdidos, enloquecidos. Lo que los inspiró y condujo por la vida (...) se transformó en humo, en nada, en algo sin valor, apenas mentira e ilusión, mísero engaño, ignominia” (pp. 55 y 56).

Mas el juicio sobre las acciones concretas de la izquierda continental de las tres últimas décadas (con excepciones a las que vuelve

enumerativamente, con Salvador Allende encabezando la lista, a mi juicio una idealización extrema) es implacable. Ciertamente que este parecer le sirve a Castañeda para destacar su “estrategia discursiva”, la necesidad de encontrar un socialismo creíble para nuestros días. Los movimientos guerrilleros o de terrorismo urbano constituyen su primera víctima. Habla bien de algunos de sus líderes como Joaquín Villalobos, de El Salvador, y no puede evitar un tono embellecedor, pero la tónica general es mostrar no sólo su “infantilismo” (juicio leninista apropiado a los que fracasan), sino la sordidez de sus luchas intestinas, la falta de realismo de muchas de sus estrategias, la corrupción moral, la criminalidad de algunas tácticas (aunque lo destaca cuando se dirigen a sus propias filas y no a las acciones terroristas contra terceros) y la influencia corrosiva de la Cuba de Castro. La distancia entre la izquierda y la democracia constituyeron para el autor uno (de varios) de los obstáculos para convertirse en una alternativa creíble de poder. Castañeda lanza numerosos ejemplos que en boca de un “conservador” parecerían lugares comunes de la Guerra Fría acerca de la escasez de credenciales democráticas de la izquierda, pero que tienen un común denominador dual: su postura ante los casos de Cuba y Nicaragua; la falta de democracia al interior de los movimientos de izquierda. Y la verdad consiguiente, que la adopción de la democracia era una necesidad para la izquierda después de la Guerra Fría. “Sobre la democracia, la izquierda tiene un argumento y un pasado. El argumento está bien armado: en Latinoamérica la democracia representativa ha funcionado mal en el mejor de los casos, sobre todo cuando se ha reducido a un ejercicio sin sentido. El pasado es turbulento y a veces sórdido: la izquierda ha practicado modelos no democráticos de comportamiento tanto en el poder como en la oposición y ha generado serias dudas sobre su compromiso con el régimen democrático. Con este bagaje y el fin de la Guerra Fría, la izquierda debe formular su propia agenda democrática: ¿cómo conciliar su convicción de que la democracia le conviene con una historia que a veces lo desmiente? La respuesta consiste en democratizar la democracia” (pp. 388 y 389).

Pero antes de comentar el programa se debe tomar nota del rol un tanto fatídico que para Castañeda adquirió lo que llama el “crisol cubano”. Es cierto que parece descargar las culpas en el aparato de inteligencia encabezado por Manuel Piñeiro (cuyo paso por Chile en julio de 1973 tuvo connotaciones siniestras) antes que en el mismo Castro. Cuba no organizó ni creó todos los movimientos revolucionarios en América Latina, pero sí era una fuente de inspiración para ellos, generalmente de apoyo material. Sólo era decisivo cuando estos movimientos creían estar o estaban al borde de tomar el poder: entonces La Habana efectuaba su

intervención. Además llevaba una activa política de mediación y de influencia en las pugnas de poder. Castañeda *parece* conceder a los cubanos un trasfondo ideológico en su política; pero de su pluma emerge más bien la motivación de *raison d'État* como el móvil predominante en sus acciones, aunque dentro del contexto de la conducta política de la Guerra Fría. En resumidas cuentas, Castañeda sin decirlo expresamente da a entender claramente que no es en una nostalgia por la Revolución Cubana donde puede encontrarse hoy día una inspiración programática para el socialismo en América Latina.

### Propuestas para una nueva izquierda

De la (excesiva) cantidad de problemas abordados por el autor, se pueden destacar algunos más importantes para configurar el socialismo del futuro. En primer lugar, habla largamente de “la explosión de la base”, para referirse al surgimiento de asociaciones, círculos, grupos, sectores, etnias, sensibilidades “populares” que representarían la base social, la clase real de la cual la izquierda política, con su retórica orientada en el fondo a una ortodoxia (o “clase ideal” habría que decir), habría estado separada. Ello explica su relativa esterilidad. “Por lo tanto, el surgimiento de los movimientos populares no debería apartar a la izquierda de la noción de clase, sino simplemente a obligarla a prestar más atención a cómo se presentan en realidad los conflictos de clase. Sobre todo debería conducirla a centrarse más en el hecho de que los sectores rurales y de clase obrera son una parte relativamente menos numerosa de la población total y los pobres urbanos se han convertido en una mayoría” (p. 254). Estos fenómenos podrían haber aparecido en un momento como una careta del comunismo y del marxismo, pero evidentemente existe una realidad tras ellos.

El autor ocasionalmente les otorga una realidad más consistente de la que tienen, aunque su realismo lo hace señalar sus límites. Por ejemplo, cuando se refiere a las “comunidades de base” de la Iglesia Católica en Brasil, no deja de advertir que no en todo el continente éstas habían sido de izquierda, ni exclusivamente católicas, y que hacia el final de la década de 1980 había una “regresión” al respecto. De hecho, uno podría añadir que la campaña del Vaticano contra la teología de la liberación ha tenido un relativo éxito, y que el auge —relativo también— de las nuevas sectas protestantes no se debe a un reclutamiento de “desencantados” con la posición “conservadora” de la Iglesia, sino que, por el contrario, podría tener algún vínculo con la radicalización de círculos eclesiásticos.

En fin, lo importante es que el autor ve en las nuevas manifestacio-



nes de una embrionaria sociedad civil el material con el que una nueva izquierda debe trabajar. “La izquierda no puede abdicar de la responsabilidad de habilitar con poder a los movimientos populares, por estrechos, efímeros o conflictivos que puedan parecer. A pesar de su frecuente y muy fundado escepticismo frente a los políticos y de su comprensible frustración acerca del carácter meramente formal y la parálisis de muchas instituciones latinoamericanas, la protesta popular debe trascender sus orígenes y sus formas de lucha puramente sociales e ingresar al ámbito político. La imposición y la manipulación de la izquierda social por la izquierda política ya no funcionará más en Latinoamérica (...). La izquierda política debe habilitar con poder a la izquierda social poniendo a su disposición los mecanismos y los derechos que conquistó (...)” (p. 401). En Chile, estas proposiciones para la izquierda tienen más de una década de antigüedad, pero no así en otras áreas de la región. Sólo que, ¿no es la “izquierda social” sinónimo de sociedad civil? Aunque despacha en breves alusiones a Hernando de Soto, Castañeda en los hechos se refiere al mismo fenómeno, y sería interesante comparar ambos programas. Como hombre de izquierda, nuestro autor tiene un aparato retórico más completo, cierra más el círculo de la lógica formal. Pero aquí como en otras partes, muchos de los fenómenos a los que se refiere podrían perfectamente ser adoptados por una “derecha” latinoamericana.

En este como en otros autores —e incluso en la “derecha”—, existe un tema eternamente soslayado. Estaba presente en escritores latinoamericanos hasta la generación de un Encina, aunque desgraciadamente con tonalidades racistas que finalmente no daban cuenta del fenómeno. Se trata de la cultura económica como *una* de las llaves de explicación para la debilidad de los vasos comunicantes entre las energías económicas latentes y el “cambio social”. El despertar de esas energías (v. gr.) en la considerable masa de inmigrantes en EE. UU. es uno de los desmentidos a que sea un prejuicio de “raza” o de “clase”. Algunos han explicado el fenómeno de los países desarrollados en Asia aludiendo a la moral “neoconfuciana”. Puede ser, pero quizás se escapa una consideración fundamental, y es que la cultura no consiste en una fatalidad que no se puede aprehender; no existe una cultura “calvinista-capitalista” que sea inimitable o, de otra manera, repudiable por traicionar una identificación intransferible. Existe en nuestros días un neospenglerianismo en cierta izquierda intelectual (de la que Castañeda *no* es su portavoz), disfrazada de “multiculturalismo” u otro “ismo” de moda, que no es sino otra rémora para enfrentar los desafíos del presente. Bien miradas las cosas, aquí reside un programa tanto para la izquierda como para la derecha, aunque por su historia le es más difícil de

sostener a la primera, y la segunda es temerosa o indiferente al activismo social.

Un segundo aspecto que hay que destacar es el nacionalismo. Éste —comparado con Europa— en América Latina no ha dado lugar a una disputa internacional que constituya un foco central de su política. En cambio sí ha tenido un carácter de identificación continental frente a potencias europeas o, sobre todo, frente a EE. UU.; también frente a fenómenos culturales o sociales: “capitalismo”, “lo moderno”, “lo extranjero”. El antinorteamericanismo ha sido una marca de la política continental, y con mayor fuerza en los círculos culturales, pero también en la mentalidad colectiva. Ciertamente es que no hay que olvidar que le subyace una relación de “amor-odio”; que algunas de sus manifestaciones como la “teoría de la dependencia” son impensables sin su eco académico en EE. UU., donde la mayoría busca su legitimación; y que esto es alimentado por mucho latinoamericanólogo norteamericano que hace su agosto profesional por medio de usar el análisis del “Sur” para criticar a su sociedad. En fin, habría que preguntarse si entre los “obstáculos para el desarrollo” el nacionalismo en su versión antinorteamericana no ha jugado un papel nada desdeñable. Tampoco hay que olvidar que en no pocas situaciones la derecha también juega la carta antinorteamericana.

Señalo esto porque Castañeda cruza el Rubicón al denunciar este mito desde la izquierda. “En Latinoamérica, el nacionalismo es una pócima tan fuerte, que se puede transformar en su contrario aparente: un impulso internacionalista desatado, tan común y tan notable en la historia de la región (...). Abandonado a sí mismo, o a como era, el nacionalismo de esta especie es monumentalmente autodestructivo. Y sin embargo moviliza e inspira a muchos de los mejores hombres y mujeres latinoamericanos como ningún otro sentimiento” (pp. 300 y 309). Yo añadiría que además frente a su faz rebelde presenta también otra cara, la del conformismo, de la búsqueda del chivo expiatorio en una vacua retórica. Castañeda llama como testigo nada menos que a uno de los padres del comunismo latinoamericano, Luis Carlos Prestes: “La diferencia más grande, el mayor problema, el error más grave consiste en haber identificado a Estados Unidos como el enemigo principal, poniendo toda nuestra insistencia en el factor externo” (p. 314). Creo que aunque las circunstancias actuales parezcan indicar una nueva dirección, el peso de la historia no le hará fácil a la izquierda seguir este consejo.

Castañeda propone como alternativa un “nacionalismo longitudinal”, una suerte de alianza de la “izquierda interamericana” (esta expresión es mía), reconociendo francamente el papel de primer orden jugado por el

*lobby* norteamericano de izquierda para las causas de sus congéneres o lo que creen como tal en el “Sur” (¿qué entidad más mítica en el peor de los sentidos!). “En ocasiones, el aliado ‘natural’ de la izquierda latinoamericana iba a ser la facción ‘liberal’ del *establishment*, y sus amigos en los medios de comunicación, el mundo académico, Hollywood y Washington. Estos interlocutores solían ser más poderosos y estaban más afianzados en la sociedad y en la política norteamericana que otros, pero en general no se hallaban tan implicados en el contenido de los temas; asimismo, su amistad era más voluble” (p. 340). Advierte que al final Washington seguirá sus propios intereses frente al continente, pero la izquierda latinoamericana “ha de dirigirse a Washington y a la zona de importancia decisiva con los ojos bien abiertos y pocas ilusiones. Pero ése debe ser su horizonte; hacia ello debe fijar su rumbo” (p. 341). Esto se refiere a lo que en los hechos fue el descubrimiento, por parte de la izquierda, que EE. UU. no es una entidad monolítica, como su parte del mito antinorteamericano les hacía creer. Quizás la izquierda no es claramente consciente (ni la derecha, para el caso) de que ello tiene profundas raíces primero en el carácter autocrítico de la sociedad norteamericana, y de un fuerte rasgo —que antecede a este siglo— de repudio que en parte de su cultura ha despertado el vertiginoso desarrollo de sus fuerzas productivas. Esto es también parte de un fenómeno que empezó hace dos siglos, y en el cual crece y crece la interrelación entre política mundial y política interna de los Estados-naciones. Hoy a esto se le cree descubrir y se le llama “globalización”. Este tipo de reflexiones están ausentes en Castañeda, y me pregunto si el peligro (pero no todo) de su proposición no va sino en dirección de incrementar el autoengaño que nos ha hecho el antiguo nacionalismo latinoamericano.

El último rasgo de las tesis de Castañeda que se debe comentar es el de sus proposiciones para la acción del Estado. Desde luego aunque le rinde tributo, se encuentra muy lejos del modelo cepaliano. Aquí también hay un Bad Godesberg. Pero todavía se percibe una cierta huella “estructuralista”. Considera como natural, como “deber”, que parte importante de las economías latinoamericanas requieren de una comprensión —que no puede ser sino una transferencia de recursos— de EE. UU. (pp. 488 y ss.). Se sigue viendo en el “Norte”, aunque sin confesarlo y sin simplismos, al menos una causa del “desarrollo frustrado” del “Sur”. Tras esto, el autor se afirma en un presupuesto que a mí me parece tremendamente exagerado, la creencia de que existe un “modelo europeo” (y asiático) de desarrollo y de economía al cual se debería aproximar nuestro continente, que en el fondo pone más énfasis en la acción pública o estatal. Es cierto que hay estilos y énfasis diferentes, y que no hay receta universal

para las políticas económicas en algunos de sus aspectos. Pero las peculiaridades de Japón, por ejemplo, ¿se deben realmente a un modelo que nos pueda inspirar, o a un factor cultural más elusivo para los responsables políticos y las burocracias que deberían ponerlos en marcha? Se sabe que el papel del Ministerio de Comercio e Industria (MITI) en Japón es discutido por los especialistas; no están de acuerdo en su real importancia en guiar a la economía japonesa. Por último, en este plano, el autor todavía cree en la solución de elevar los impuestos, “que paguen los ricos”, en lo que subyace la antigua —e inextinguible quizás— suposición de la plusvalía. “Las páginas siguientes parten de la premisa de que debe producirse una transferencia fundamental de recursos y de poder político de los ricos a los pobres para resolver los problemas de la región (...). [No se trata de empobrecer a los ricos, sino de] limitar su riqueza y pedirles sacrificios” (p. 473). O sea, más de lo mismo. No es que el alza de impuestos deba ser considerado necesariamente tabú, pero todo impuesto también es un castigo a la circulación de recursos y un mandato a determinada actitud económica. ¿Piensa el autor en ese problema?

Pero tras esto Castañeda apunta a algunos problemas y proyectos que poseen alta credibilidad, y que nuevamente podrían estar tanto en las banderas de la izquierda o de la derecha. Existe un espacio público en el cual nuestras sociedades son débiles. Se contraponen la sociedad civil al Estado, y se olvida del lugar de encuentro: el espacio público. El autor, muy fiel a su inspiración socialista, lo ve como problema organizacional. La corrupción que exhibe, el mal trato que recibe y la inflexibilidad irresponsable de su acción parecen ser las características negativas más acentuadas de las burocracias. El autor las nombra con una expresión anglosajona, pero muy atinente, “servicio civil”. “La idea misma de un servicio civil permanente, apolítico, bien pagado y competente, con derechos, obligaciones, jerarquías y escalafones resulta casi inconcebible debido a la represión, al populismo, a la precariedad gubernamental y la turbulencia. Pero sin un servicio civil de esta naturaleza, el ideal democrático queda fuera de alcance, además de convertir en sumamente arduas, si no imposibles de cumplir, muchas de las tareas del ejercicio del poder (...). La creación de un servicio civil es una tarea que la izquierda debe anotar en su agenda” (p. 423).

El tema al que alude Castañeda se inscribe dentro de las discusiones sobre la “reforma del Estado”, de lo que tanto se habla en el continente. En Chile se ha reducido un exageradísimo aparato estatal, pero ello ha ido acompañado de una clara desmoralización y aumento de la irresponsabilidad personal e institucional. Uno sospecha que algo parecido se debe

producir en otros países de nuestra América. Puede que se trate de un proceso antiguo, y que se relaciona con la debilidad del individuo en nuestros países: no se siente ni cómodo ni responsable en el espacio público. Las llamadas “revoluciones conservadoras” en Europa y EE. UU. no han afectado al funcionariado público en la misma medida que en estos lares. Por ello la reducción del aparato del Estado aquí no pasa de ser una medida “organizacional”. Los problemas culturales, tanto en un liberalismo que sólo conozca el mercado como en el socialismo del tipo que ofrece el autor, quedan así intocados. En el fondo, el problema con el pensamiento político actual (al menos el que alcanza la publicidad rutilante) es que no se aproxima a la sociedad como una civilización.

Pero ello no afecta a lo fundamental que apunta el autor. No existe *polis* sin las funciones públicas, aunque las respuestas pueden ser ofrecidas desde ambas alas del espectro político. En estos momentos nadie se atrevería a afirmar en la necesidad de una solución socialista. Pero la fuerza de esta no yacía en condicionantes económicos o sociales (ya contemporáneos de Marx lo decían), sino en una respuesta de indignación moral aunada a la fe en el sentido progresista de la historia. De lo primero el autor está consciente ya que, afirma, “en la medida en que la ofensa moral que representan la pobreza, la injusticia, el abandono y la opresión son los factores que mueven a los hombres a rebelarse, la desaparición del mundo socialista [que el autor lo ve como una liberación] es un elemento secundario en la determinación de la suerte que correrá la izquierda” (p. 281). Lo segundo, la deseabilidad de ese cambio junto a la inevitabilidad de su advenimiento, es más cuestionable. Pero ello es parte del peligro de vacío de respuesta que un cierto empalidecimiento de la *polis* ha traído a nuestro tiempo.

## ¿SE PUEDE REARMAR LA UTOPIA?

**Ignacio Irarrázabal**

*La utopía desarmada* es un libro importante y sugerente, en el cual se revisa con amplia evidencia la evolución de la izquierda latinoamericana-

---

IGNACIO IRARRÁZAVAL. Ph. D. en Planificación Social, London School of Economics. Investigador del Centro de Estudios Públicos.

na. El libro contiene asimismo el esbozo de una propuesta acerca de cuál podría ser el proyecto de esta utopía hacia el fin de este siglo y más allá...

Sin desconocer el valioso análisis que realiza el autor respecto del devenir de la izquierda latinoamericana desde los primeros triunfos políticos del Partido Comunista en Cuba (años 20) y Chile (años 40), pasando por el “Che” Guevara para luego concluir con el impacto del término de la guerra fría, mis comentarios se referirán al segundo aspecto de su obra, esto es: las propuestas y lineamientos de acción para un “rearme” de la utopía socialista en América Latina. Y en particular, dentro de las grandes líneas planteadas, me concentraré en el área de la política social.

Tal como se señala en el libro, la “justicia social” constituye uno de los ejes que definen la utopía de izquierda. En este sentido, me parece conveniente centrar mis comentarios en cuatro antinomias que constituyen la clave de los distintos enfoques de la política social. En cada uno de ellas interesa discutir hasta qué punto los planteamientos de Castañeda son coherentes y realmente constitutivos de una nueva propuesta de izquierda. A través de cada uno de estos cuatro puntos intentaré también revisar en qué medida la utopía de construir un “nuevo Estado benefactor” en América Latina no es más que una ilusión, que podría estar condenada al fracaso si no se consideran las consecuencias que estas políticas han tenido en los países desarrollados.

### 1. Universalismo *versus* selectividad

El libro plantea, en primer lugar, “el establecimiento de un Estado benefactor auténtico que extienda la cobertura de la protección social a la mayoría de la población (...)”, para lo cual deberían aumentarse considerablemente los impuestos corporativos. Otras fuentes de recursos son los recortes en el gasto militar y el alivio de la deuda. De esta manera, Castañeda propone en el capítulo final del libro la instauración en América Latina de un Estado benefactor “a la alemana”.

Lo anterior, sin duda, significa un claro compromiso por un esquema universalista de la política social, que ha sido predominante en Europa desde la posguerra.

Por otra parte, sin embargo, el autor plantea algunas directrices de carácter sectorial que se acercan bastante al paradigma de tipo selectivo. Se sugiere, por ejemplo, privilegiar los gastos en educación básica por sobre los de educación superior, así como concentrarse en aquellos tipos de servicios de salud que son menos costosos. Finalmente, Castañeda propone más adelante “un Estado benefactor para los sectores pobres de la

sociedad”, lo que supone “un congelamiento” de los beneficios sociales de la clase trabajadora industrial.

En síntesis, hay una suerte de indefinición del autor respecto de una de las tradicionales controversias en materia de política social.

La crisis del Estado benefactor europeo tiene un origen financiero. Entre 1960 y 1975 los países de la OECD mostraron una tasa crecimiento anual del gasto social del 8,4% mientras que su producto sólo creció en un 4,6%. Esta situación generó una clara incapacidad fiscal para financiar los niveles crecientes de gasto. Sin embargo, la crisis no es sólo financiera sino también institucional. Diversos estudios han mostrado que el Estado benefactor no logró producir la deseada igualdad social. El trabajo de Le Grand (1983)<sup>1</sup> señala cómo en el caso de Gran Bretaña, el Estado benefactor terminó beneficiando en mayor medida a los sectores medios, en perjuicio de los estratos bajos. De modo que la “estrategia de la igualdad” soñada por Tawney y otros intelectuales no llegó a verificarse. Estudios similares realizados en Estados Unidos, Australia y Escandinavia muestran resultados coincidentes. La política social de carácter universalista ha favorecido más a los grupos medios y sectores protegidos, en desmedro de los estratos pobres.

Quizás uno de los aportes conceptuales más interesantes de los arquitectos del Estado benefactor fue acuñar el concepto de derechos sociales. Esto significa que el ciudadano, más allá de derechos políticos y civiles, también tiene derechos sociales que se expresan en acceso a la salud, educación, vivienda y seguridad social. Desgraciadamente, la cultura de los derechos sociales ha ido produciendo en Estados Unidos y Europa una separación entre los beneficios y el trabajo. Los sistemas de beneficios sociales han terminado, además, creando la impresión de que los beneficios deben ser proporcionados por el Estado. Se ha tendido a consolidar así una “underclass” (en la terminología estadounidense) o un segmento social pobre y marginal que depende para su subsistencia de la ayuda social del Estado.<sup>2</sup> Esta situación ha llegado a un extremo tal que el propio presidente Clinton está promoviendo en los Estados Unidos la fijación de límites temporales a los beneficiarios de los programas asistenciales del Estado.

Por otra parte, también debe considerarse que en países en vías de desarrollo, como Chile, existen importantes filtraciones de beneficios a los sectores que no son los más pobres. De acuerdo a estimaciones hechas para 1992, en ese año sólo un 18,5% del gasto social llegaba al primer quintil de

<sup>1</sup> J. Le Grand, *The Strategy of Equality* (Londres: George Allen & Unwin, 1983).

<sup>2</sup> “Europe and the Underclass”, *The Economist*, 30 de julio de 1994.

ingresos; esta proporción mejora en forma considerable si se descuentan los gastos en previsión, caso en el que el 20% más pobre capta un 28,3% del gasto social total. Por lo tanto, cualquier iniciativa de política social deberá tener cada vez más en cuenta el problema de los usos alternativos del gasto social: un peso destinado a los sectores medios es un peso menos destinado a los más pobres.

En suma, es fundamental lograr una precisión mayor respecto de cuál es el modelo de “Estado benefactor” que se intentaría ofrecer para América Latina desde esta visión de la izquierda. De más está decir que, obviamente, se deberían prever anticipadamente los problemas por los cuales atraviesan Europa y Estados Unidos en este momento. Este aspecto tampoco aparece vislumbrado en el trabajo de Castañeda.

## 2. Producción pública *versus* privatización

Quizás el mayor cambio en el Estado benefactor inglés post Thatcher no es necesariamente la reducción del gasto asociado a éste, sino más bien la transformación de sus funciones. El Estado tiende a limitar hoy cada vez más su acción al financiamiento de los programas sociales, dejando en manos privadas la producción misma de los bienes y servicios envueltos. De esta manera, se configuran “cuasimercados” sociales, en el cual el Estado es el que demanda y financia los servicios y el sector privado es el oferente de estos últimos. En este respecto, hoy se plantean entonces posturas muy diferentes a las que la izquierda había solido proponer. Por ejemplo, el Partido Laborista inglés ha manifestado que ha llegado el tiempo de “pensar lo impensable” y de avanzar hacia un sistema de pensiones de carácter privado.<sup>3</sup>

En este tema, me parece identificar también un vacío en las propuestas de Castañeda. Si bien el autor reconoce los méritos de la economía social de mercado, no hace mención a los canales distributivos que se han implementado en diversos países que operan con este modelo. En concreto, el sistema de bonos (*vouchers*) es un mecanismo que permite al Estado financiar la demanda de servicios sociales, manteniendo a la vez la capacidad de normar su funcionamiento; por otro lado, el beneficiario o usuario de estos bonos es el que decide dónde los utilizará. Existe gran variedad de bonos, los que van desde los complementables por el usuario a los diferen-

---

<sup>3</sup> D. Brooks, “The Other Side of Paradise: Should We Import the European Welfare State?”, *City Journal*, 2, Vol. 4 (1994).



ciales según el nivel socioeconómico del beneficiario. Sin ir más lejos, la propuesta de Le Grand y Estrin (1993)<sup>4</sup> por un “socialismo de mercado” no hace más que recoger y potenciar la capacidad distributiva del Estado a través de un sistema múltiple de bonos.

### 3. Redistribución *versus* crecimiento

El reconocimiento de que la izquierda “descuidó el problema del crecimiento” o las afirmaciones como “[sólo] un crecimiento económico sostenido puede respaldar las políticas sociales [esbozadas]”, me parecen sumamente valiosas. Sin embargo, hay un aspecto que merece una discusión mayor.

El valor que Castañeda le concede al crecimiento económico radica, al parecer, en el aumento de la capacidad recaudadora del Estado que éste trae consigo y que posibilita, por tanto, un mayor gasto. Esta posición, en consecuencia, no alcanza a reconocer el impacto social que puede tener el crecimiento. En el caso chileno, el crecimiento económico experimentado en los últimos años ha afectado de manera diferente a los distintos estratos socioeconómicos. Entre 1990 y 1992, mientras el promedio de la población vio incrementados sus ingresos en un 20,7%, el 20% más pobre aumentó sus ingresos en un 31,1%. En los años 1987 y 1990, los incrementos fueron de 21,5% y 19,5%, respectivamente. Más aún, la evidencia empírica muestra que la importante disminución de la pobreza que ha habido en Chile en los últimos cinco años se explica en un 80% por el crecimiento económico y sólo en un 20% por factores distributivos.<sup>5</sup>

### 4. Centralización *versus* descentralización

En el capítulo “Democratizar la democracia”, Castañeda plantea que “la democracia municipal debe convertirse en la piedra de toque de la agenda democrática de izquierda”. El tema de la democracia municipal y la descentralización del Estado constituyen, ciertamente, uno de los desafíos más importantes de la agenda política del futuro.

Sin embargo, cabe señalar que este no es un tema exclusivo de la

---

<sup>4</sup> J. Le Grand y S. Estrin, *Market Socialism* (Nueva York: Oxford University Press, 1993).

<sup>5</sup> O. Larrañaga, “Pobreza, crecimiento y desigualdad: Chile 1987-1992”, Serie Investigación Programa ILADES/Georgetown University I-77 (1994).

izquierda, sino que permea todo el espectro político. Autores como Buchanam y Tullock han insistido desde hace varias décadas en la importancia de la descentralización del Estado como un mecanismo para acercar al ciudadano a la toma de decisiones y adecuar la oferta del Estado central a las demandas locales. Esta versión de la descentralización como eficiencia pasa por hacer plenamente responsable a cada gobierno subnacional de sus decisiones políticas y financieras.

En este aspecto me parece identificar una aparente contradicción en las propuestas de Castañeda, ya que si bien es cierto que se valora la descentralización y la autonomía local, se persiste en el tradicional paradigma de la izquierda de “disminuir las disparidades regionales”. Obviamente, se percibe aquí un conflicto de intereses entre la autonomía local y la equidad territorial.

\*\*\*

En el área de las políticas sociales, en suma, Jorge Castañeda no logra resolver el conflicto entre igualdad y la existencia de mercados competitivos en una sociedad democrática. Mis reparos, en este sentido, se suman a los planteados por Arturo Fontaine Talavera al ensayo “El futuro del socialismo” de Francisco Weffort.<sup>6</sup> Comparto con Castañeda la idea de que el Estado debe intervenir en algunas dimensiones del área social, pero es necesario que esa intervención tenga un eje más preciso que el imperativo de igualdad que hoy reiteran las izquierdas, el cual termina convirtiéndose en una cesión de privilegios a funcionarios y grupos de poder. En este ámbito, pienso que John Rawls<sup>7</sup> ha desarrollado criterios que permitirían encauzar mejor la acción social del Estado.

---

<sup>6</sup> Véanse Arturo Fontaine Talavera, “El futuro de una ilusión” y Francisco C. Weffort, “El futuro del socialismo”, en *Estudios Públicos*, 54 (otoño 1994).

<sup>7</sup> Véase John Rawls, “Justicia distributiva”, *Estudios Públicos*, 24 (primavera 1986).

## UNA NUEVA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

Carlos Fuentes\*

Después del viraje histórico de 1989, una especie de euforia triunfalista se apoderó del mundo. Se nos informó que la historia había terminado. El comunismo había fracasado. El capitalismo había triunfado. Santas Pascuas.

Cuatro años después, el desengaño es mayúsculo. Privado de las simplificaciones ideológicas de la guerra fría y de la parálisis inducida por el terror nuclear, el planeta se ha soltado el pelo: nacionalismo, racismo, xenofobia, fanatismo religioso... Todo sirve para construir un nuevo techo sobre una humanidad despojada de su antiguo amparo bipolar.

Pero el amargo sabor persiste. La recesión, el desempleo, la pérdida de confianza en los gobiernos y en los partidos han echado lumbre a la caótica fogata. Los huérfanos de la guerra fría buscan un nuevo hogar. No lo encuentran ni al este ni al oeste del río Elba, ni al norte ni al sur del río Bravo. El fin del comunismo no ha asegurado, en ninguna parte, el triunfo de la justicia social.

Los problemas ocultados por las máscaras de la guerra fría están allí, dándonos la cara y pidiendo soluciones. Esta vez, nada puede ser pospuesto en nombre de la urgencia de combatir al comunismo en el Occidente o el capitalismo en el Oriente. El imperio del mal ha cedido su lugar a la barriada del mal. Mil millones de personas viven en la más absoluta pobreza dentro del llamado tercer mundo. Pero también hay un tercer mundo dentro del primer mundo. Ambos comparten la agenda de una profunda crisis de la civilización urbana. Sus nombres son Rodney King en Los Ángeles, los *meninos da rua* en Rio de Janeiro.

¿Quién va a luchar con estos problemas? ¿Gobiernos que sus gobernados juzgan tímidos o corruptos? ¿Partidos que representan proposiciones ideológicas agotadas, sean de derecha o de izquierda? Es más: ¿cabe hablar, en el mundo actual, de “derecha” e “izquierda”?

Jorge Castañeda, el destacado politólogo mexicano, contesta con un libro oportuno. *La utopía desarmada*, publicado el mes pasado por Alfred Knopf en Nueva York. Es un libro exhaustivo pero no extenuante, apasionado y apasionante. Castañeda posee el profesionalismo del periodista

---

\* CARLOS FUENTES. Escritor y ensayista.

anglosajón: entrevista, viaja, gasta mucha suela. Pero también es dueño de la visión histórica del intelectual latinoamericano: memoria, deseo.

No se muestra ni complacido ni complaciente con la izquierda latinoamericana. Critica severamente las enajenaciones dogmáticas, las bizantinas discusiones internas, pero hace notar, también, los muchos sacrificios hechos en la lucha contra una división interminable entre poseedores y desposeídos, opulencia y miseria, en las repúblicas latinoamericanas.

En años recientes, esta injusticia no ha hecho sino ahondarse. La crisis económica de los años ochenta nos ha dejado con 300 millones de seres viviendo en la miseria. Han descendido los salarios, han desaparecido los empleos, han faltado alimentos, han disminuido los servicios sociales, la malnutrición y la mortalidad infantil han aumentado. Los éxitos macroeconómicos —la inflación dominada, los presupuestos equilibrados, las reservas de divisas incrementadas— no se han transformado en condiciones mejores de vida para la mayoría.

“Las finanzas públicas han mejorado extraordinariamente”, señala el distinguido escritor mexicano Gabriel Zaid. “¿Cómo? A costa de la sociedad: con mayores impuestos, ventas del patrimonio social, salarios castigados para los trabajadores, réditos castigados para los ahorradores”.

La especulación ha engendrado colosales fortunas, de la noche a la mañana. México de acuerdo con la revista *Forbes* (“a capitalist tool”, se llama a sí misma) tiene más multimillonarios que cualquier otro país del mundo, con la excepción de los EE. UU., Alemania, Japón. Sin embargo, treinta millones de mexicanos viven en la pobreza absoluta. Y a lo largo de América Latina, el 20 por ciento más elevado de la población gana veinte veces más que el 20 por ciento menos afortunado.

Estas cifras apenas son amortiguadas por las tres damas oscuras de la crisis: la exportación ilegal de droga, la emigración y la economía informal. Pero, como lo indica Castañeda, la mayor crisis económica de este siglo ha coincidido con la mayor explosión de movimientos de la sociedad civil en toda la historia latinoamericana.

¿Quién se ocupará de estos enormes problemas? La izquierda, pero sólo si se une a la sociedad civil, abandonando la tradición marxista de la lucha de clases a favor de la lucha por soluciones concretas a problemas concretos, que corta transversalmente las alianzas clasistas para abarcar a los movimientos femeninos, a las exigencias ciudadanas de títulos, agua, tierra, comunicaciones, viviendas, escuelas...

Castañeda observa varias intersecciones entre una izquierda latinoamericana renovada y una sociedad civil dinamizada por la crisis. La iz-

quiera está dañada por sus fidelidades al modelo leninista. No sólo debe renunciar a él, dice Castañeda, sino proclamar y apoyar sistemas verdaderamente democráticos, más amplios, ciertamente, que los estrechamente prevalentes en países como Colombia o Venezuela, pero inexcusablemente ligados al valor universal de elecciones transparentes, alternancia en el poder, protección de los derechos humanos, vigencia de la independencia judicial, libertades de prensa y asociación y la obligación de rendir cuentas por parte del Ejecutivo.

El pulso de la sociedad civil participativa nunca ha sido más acelerado en Latinoamérica. Esta es una gran novedad en sociedades que siempre han sido gobernadas desde arriba y desde el centro. Tal ha sido la tradición de los imperios indígenas, la monarquía española y el centralismo administrativo francés, tan admirado entre nosotros. Hoy, la sociedad se mueve desde abajo y desde la periferia de los sistemas autoritarios. Es como si a mayor crisis económica correspondiesen mayor socialización y democratización.

¿Dónde puede la izquierda unirse tanto a la sociedad civil como a la democracia política? Castañeda propone una intersección viable: la libertad municipal. Elecciones libres en una sociedad latinoamericana mayoritariamente urbana.

Los problemas están allí, avasallantes. Es dudoso que la derecha los resuelva. Siempre ha vivido con ellos; ha vivido de ellos. La izquierda tiene muchos pecados que hacerse perdonar. Pero los de la derecha son infinitamente mayores. La izquierda ha estado rara vez en el poder y en dos ocasiones, electa democráticamente, ha sido desalojada con violencia por la derecha y los EE. UU., en Guatemala y en Chile. La derecha ha estado casi siempre en el poder, ha mantenido y acrecentado la injusticia y se ha plegado, demasiadas veces, a la voluntad militar o norteamericana.

Sin embargo, también la derecha puede evolucionar hacia la intersección ciudadana que propone Castañeda. En nuestra cultura política, altamente barroca, cuando aparece un vacío, algo, y no siempre lo mejor, lo llenará. Esta posibilidad de responder al horror *vacui* se extiende, en América Latina, desde el extremo de las brutales dictaduras militares del Cono Sur hasta el polpotismo igualmente brutal del sanguinario Sendero Luminoso en Perú.

Pero la inversión extranjera, cuya ideología es la ganancia, puede influir decisivamente para que Latinoamérica adopte el modelo chino, el mercado sin democracia, el capitalismo autoritario. Temo que éste se convierta en el modelo irresistible, tanto en la antigua Unión Soviética, como en las bien abonadas tierras del autoritarismo latinoamericano.

¿Puede una izquierda, democrática, renovada, evitar este peligro mediante la acción política? Castañeda nos advierte que en un continente donde casi tres cuartas partes de la población son pobres o se han empobrecido durante la pasada década, la izquierda puede, finalmente, competir limpiamente y con su plataforma propia. Puede ganar elecciones y probar su merecimiento en el poder. O puede exponerse a un fracaso irreversible. El éxito o la incompetencia miran a la izquierda latinoamericana sin parpadear.

Pero por lo menos, concluye Jorge Castañeda, la izquierda será juzgada por sus méritos propios y no a través de las sombras distorsionadas del anticomunismo y el antisovietismo de la guerra fría. □